

ABANICO DE CATALICIDAD

Por NARCISO SANCHEZ MORALES

NOS enfrentamos con tres obras que proyectan otros tantos aspectos de la Catolicidad, pero enfocada bajo ángulos distintos. Si el concepto de Cristianismo, como incursión histórica de lo divino en lo humano, hecho singular e irrepetible, se considera como una espiral en crecimiento continuo que ha de acabar por envolver a toda la humanidad y a todo el cosmos, la manera o el modo de ese desarrollo envolvente puede verse desde tres puntos de vista diferentes: como impulso de circunferencia a centro, como expansión de circunferencia a periferia, o como reducción de periferias a círculo. El primero de los movimientos, de reflujo, está perfectamente definido por el poder atractivo del Tradicionalismo medieval de Attilio Mordini. El segundo, de expansión a base de un colonialismo teológico (conquistadores y misioneros o cruz y espada) ha sido certeramente expuesto por Alexander von Randa, al desarrollar la tesis de la vuelta a la Universitas Christiana, de los habsburgos danubianos e hispanos. Por fin, el tercero y último movimiento de reducción de periferia a centro, constituye lo que se define como Cristianismo anónimo, ampliado por Panikkar con su proposición de un hinduismo y africanismo, cristianos. Los dos primeros movimientos parten de una Iglesia adscrita jerárquicamente a Occidente y a Roma, por lo que cada oscilación eclesial implica, necesariamente, otra oscilación occidental. De ahí que toda propagación de fe haya sido interpretada como acto de colonialismo teológico. A cada avance misionero precedía una acción militar o caballeresca, de conquista territorial o cultural.

El método misionológico de Panikkar absorbe las esencias espirituales de todas las religiones paganas y las incluye en el gran acontecimiento, histórico e irrepetible, de la Redención del Cosmos y del Género humano. Si los dioses paganos no son más que epifanias de la Divinidad Una, hay que aceptar lógicamente que todos los paganos están, en potencia, creyendo y adorando al mismo Dios.

«El templo del Cristianismo» (Centro Editoriale Torinese), de Mordini, estudia los fenómenos religiosos, políticos e históricos del Occidente. Lo providencial de Roma, con sus plasmaciones imperiales posteriores, constantiniana, sacro-germana, austriaca, hispánica..., es supervalorado como algo «sine qua non» pudiera subsistir el Cristianismo. El autor recalca poco los nexos universalistas de la Iglesia a través de las edades, moderna y antigua. No entra en su intención detenerse ante los valores, morales y psicológicos, aportados por celtas, iberos y godos, al tesoro de la Iglesia. El «Kata olon» o faceta católica del Cristianismo, frente a la Gnosis persa, al mahometismo, al iberismo de los africanos, con la absorción de su misticismo y de su filosofía, no es tratado al detalle. Mordini, como buen florentino, prefiere la Roma de Virgilio y Augusto al servicio del Cristianismo. En él aletea un mucho de Dante, un algo de Papini. Su tradicionalismo es más teocrático que teocéntrico; prefiere un reino de Cristo, ya conocido, a un futuro cósmico, cuya Omega final es Cristo. El quiere fijar el Cristianismo en fórmulas ya hechas, vividas, y por tanto, a su parecer, más seguras.

Busca la restauración jerárquica del Cuerpo Místico, plasmado en una sacralidad de tipo histórico occidental, porque en la jerarquía civil del Sacro Imperio Romano, reposaba la verdadera libertad de la criatura, como garantía del Hombre prototípico, Cristo Jesús. La profanación de estos conceptos por el hombre moderno ha roto el equilibrio. Los hombres, a través de la seudolibertad individual, han servido a la tiranía del colectivismo (pág. 178). Con esto no quiere decir que la fe tenga que imponerse por las armas o por la violencia. Por las armas o por la fuerza se imponen los tributos a las naciones; la Tradición y la Ciudadanía son la propedéutica para la gracia, que prepara al hombre terrenal para el reino de Dios (página 190). Y todo esto (ya se deduce por esa investidura de «civitas romana»), ha de llevarse a cabo a través de la Roma, eterna y cristiana, ya que Mordini opina que la Romanidad no fue más que la combinación de lenguas, razas y religiones, cuyo catalizador fue la síntesis del Cristianismo. Es decir que la Romanidad es la mejor viabilidad para llegar a la Cristiandad, ya que la Iglesia puede proclamarse católica sobre el molde de la Universalidad de Roma (pág. 39). No negamos que la Providencia, al escoger a Roma para los primeros pasos del Cristianismo, se sirviera de la mejor Naturaleza para plasmar, en carne humana, la Sobrenaturaleza. Mas el proponer, o mejor dicho, el circunscribirse exclusivamente a Roma para las otras edades del Cristianismo, pudiera reducir la extensión de la nota de

catolicidad. Tal vez, gente no latina considera tal proposición como utópica. Nosotros la adoramos con el corazón, pero, al aplicarla, no nos obedece la cabeza que respira aires más modernos y «aggiornados». Sin embargo el mundo cristiano y no cristiano, inmerso en un mundo materialista y arreligioso, necesita respirar esta atmósfera de misticismo con la que nos ha obsequiado Attilio Mordini. Hay que aceptar, de plano, su mistología sobre el Cuerpo Místico de Cristo. La Iglesia es al mundo como la forma a la materia. En dar nueva forma al mundo consiste, por tanto, aquella segunda creación de la redención universal. Cuando la Iglesia aparece sobre el mundo, con la luz del Verbo y la iluminación del Espíritu Santo, las naciones se orientan hacia el Sacro Imperio Romano, hacia el Imperio Universal. Como el hombre es imagen y semejanza de Dios, así el imperio es imagen y semejanza de los coros angélicos puestos sobre el mundo (pág. 219). Pero a esta constitución imperial la amenaza la tentación de echar mano a las armas: la intromisión de lo temporal en lo eterno.

El mismo Mordini lo confiesa cuando en páginas anteriores escribe: «Si las islas Filipinas fueron cristianizadas se debe, del todo, a España, que conquistara aquel archipiélago, en 1564, como nación habsburguesa, representativa del imperio de Roma. De un modo análogo se evangelizaron los indios de Suramérica» (pág. 190). Con esta mención de la nación habsburguesa pasamos a la España, o Imperio españolcristiano de Alexander von Randa, que no otro es el contenido de su libro.

* * *

«El Imperio Universal» (Ed. Walter-Olten) de Alexander von Randa, a quien ya conocemos por su «Manual de Historia Universal», es el paso de circunferencia a helicoide para derramar el círculo sobre la periferia ultramarina. Es la catolicidad que se abre en abanico polícromo sobre seres de todo color y paisajes exóticos, movimiento sobre la charnela que aprisionan los engarces de cruz y espada, aunque se den ya misioneros rebeldes, como el P. Las Casas, que protesten de este connubio de armas y espíritu. Aquí la Romanidad es activa; ha pasado de germánica a hispánica. Mejor dicho, la Romanidad del Sacro imperio germano toma cuerpo y vuelo de águila, pero de águila bicéfala, una de sus cabezas, con la mirada clavada en Europa, en las esencias, y la otra con los ojos puestos en América, Africa y Asia, para extender por el mundo el reino de Cristo,

apoyado en la espada. La acción de la dinastía danubiana es pasiva, defensiva, contra turcos y protestantes; es la «Humanitas austriaca» tan bien expuesta por Federico Heer en su libro «La nación en la corriente del tiempo» (Herold Verlag-Wien) y que hoy se han transformado en esa «tercera fuerza» de eco erasmiano. La acción de la dinastía austriaca madrileña es activa, impulsora de acciones misioneras y conquistadoras. La «Romanidad» de Mordini es relevada por la bifronte hispanidad de Randa con su doble cara fánica, de «Pax» «Clementia» o «Humanitas» austriaca, y de Hispanidad Iberoamericana. Precisamente aquí, en Extremadura, donde escribo este artículo, tenemos una asociación de Caballeros de Yuste con un contenido espiritual que denominamos Yustismo. El Yustismo es la conjunción de esta doble corriente: una aspiración conservadora y de equilibrio europeo, cuyo símbolo lo constituye el Monasterio de Yuste y un anhelo de expansión misionera cifrado en el Monasterio de Guadalupe. Pero el juego del Yustismo es doble, de muerte y resurrección, de aceptación de todo y conversión de ese todo a Dios, de una pluriversitas en una universitas, que no otro fue el ideal postrero de Carlos V. Lo estático de Mordini es dinámico en A. Randa. Al proyectar el Imperio español sobre Ultramar se establecen leyes humanas y cristianas, a pesar de todo lo que diga la leyenda negra. Lo social y religioso, preocupa a los Austrias de Madrid. El indio no es suprimido, es incorporado a Occidente, incluso ayudado, en su debilidad, con la inmigración negra. Por primera vez se establece y practica el Derecho de Gentes, a la luz de la doctrina de Cristo. Precisamente en Sabzburgo, en el verano del 62, el doctor Verdross recalca esta característica del Imperio Universal español: «Las soluciones de los problemas principales y fundamentales, del actual Derecho Internacional, los encontramos en aquellas mágicas fórmulas de la postecolástica española, representada por Vitoria, Vázquez, Suárez... Por eso las naciones nuevas de Asia y Africa, y, en parte, los pueblos nuevos de América, se acogen a este Derecho de Gentes, no sólo por idealismo, sino por propia seguridad». Y René Marcic insiste, en su libro «Hombre, derecho y Cosmos» (Editorial Europa-Viena: «En medio de otras relaciones de política universal, a la luz de la inimitable *pax austriaca*, del señorío de la Casa de Austria, en la postescolástica de la teología moral española del siglo XVI, surge el pensamiento semejante al sol de que *totus orbis aliquo modo una res publica est*. Las lecciones sobre los indios del dominico Francisco de Vitoria en su cátedra de la Universidad de Salamanca destruyen el dogma del poderío español, abren el camino para el re-

conocimiento de la intocable dignidad de todo ser que tiene rostro humano y ponen los cimientos al Derecho de Gentes, con cuya protección el Hoy moderno puede libremente desarrollar su vida. Las Casas había echado abajo la puerta, a través de cuyo vano el emperador Carlos V pudo contemplar la igualdad y libertad de los hombres, fuere cual fuere el color de su piel o el que pudieran ofrecer más tarde. «*Natura inter homines omnes cognationem quamdam constituit*» (Vitoria-De Indis, III, 3). En los mismos conceptos abunda nuestro Truyols y Sierra en su «*Entstehung der Weltstaatgesellschaft unserer Zeit*» (Munich, 1963). Palabras que son aún superadas por Randa cuando escribe: «Los hombres se esfuerzan en hacer unos Estados Unidos de Europa a base de encolar los trozos, rotos y deshechos, de diferentes pueblos. Tal vez dispongan incluso de más medios materiales que los que tuviera a mano Carlos V. Pero, sin embargo, si los comparamos con el muerto de Yuste, se asemejan a enanos morales» (pág. 60). Más aún: «Carlos V supo lo que tal vez la mayoría de los jefes de Estados modernos ignoran, a saber, que una Europa sin España no es ninguna Europa. El siempre permaneció español, no obstante llevar el control de dos mundos: Carlos de Europa, español y europeo... Tal vez, por esto, no sirva de mascarón de proa al movimiento moderno, pues tal figura, como mascarón, pesa más que la nave toda» (pág. 62). Sin embargo, este ideal de Carlos V, el «One World» bajo el águila bicéfala de los Austrias («pax et humanitas austriaca» e «hispanidad ibérica») se nutría de la savia del árbol de la fe en Roma. «Nuestra fe es la misma en todo el mundo e interesa, por igual, a todos los pueblos de la tierra. No tenemos derecho a quitar la libertad a los pueblos y a esclavizarlos, ya que Nuestro Señor Jesucristo murió en la Cruz por todos» (pág. 46), decía ya entonces el P. Casas, apóstol de los Indios. Se habla aquí de un Cristianismo dinámico, universalista, que camina ya hacia una auténtica Catolicidad. Todo avance tiene sus defectos, pero el logrado por la «Hispanidad», romanidad navegante por mares ignotos, adquiere proporciones de máxima calidad.

* * *

Abramos aun más el abanico.

Toquemos la última visión de catolicidad plasmada por Panikkar en su libro «Los muchos dioses y un solo Señor» (O. W. Barth V.-Weilheim), que no es más que una modalidad del *Cristianismo anónimo* de Karl Rahner.

Antes, para comprenderlo mejor, analicemos la personalidad panikkariana. Espíritu cósmico, sobre alma hindú, en cuerpo mixto de español e indio. La tricotomía genética lo dice todo: tiene ensueños de resurgir de Atlántida por madre catalana (de España), pluralidad en unidad mental por genes, padre hindú (de la India). Con esas dos alas su alma remonta el vuelo y lleva el espíritu de los hindúes a beber en el rico venero del Catolicismo: ¡Por Dios, que no le falte nunca la dirección mágica de la Estrella, que aún hay Herodes en el vasto del mundo! ¡Y que Dios le lleve de la consulta bíblica hindú al Hijo Encarnado, que tirita, in-fans, en el Portal de Belén. La Universidad de Salzburgo se abre de nuevo para enseñar, el doble camino de Teología y Filosofía, por el que se llega a dominar la Ciencia de las Religiones. Así lo leemos en F. Heer, en el «Das Sabzburg-Buch» (1963-1964), que Panikkar ha emprendido también la andadura de esta doble pista. Va flanqueando Oriente y Occidente, para fundir todo en uno: los muchos dioses o divinidades en el único Señor, fuente o fuego, del que brotan estas epifanías divinas.

El gran ideal del P. Panikkar es la «consecratio temporis», de la temporalidad del hombre y del cosmos. Entiende él por temporalidad el conjunto de eviternidad de los ángeles, de temporalidad del hombre, y de tiempos de las cosas. Por la «consecratio» la temporalidad se transforma en *tempiternidad*, a través de la Misa, como sacrificio (comunicación del hombre con Dios), y como Sacramento (derrame de Dios en el hombre). En el ágape o «catallagué» que tanto predica Erich Przywara.

Pero Panikkar, cual otro Teilhard de Chardin, clava su mirada en la gran Misa del Cosmos: «La acción del sacrificio y Sacramento del Altar, como es sabido, no se limita a producir la presencia de Cristo, para que los fieles puedan adorar y el Señor pueda descender hasta ellos y santificarlos. La Materia que se coloca sobre el Altar es el Cosmos todo y el Liturgo es Cristo mismo, el Unigénito del Padre y el Primogénito entre muchos hermanos, que ofrece, como Cabeza del Cuerpo Místico, en colaboración con él, la Creación entera, para que ascienda en olor de su suavidad y llegue a la vida sempiterna». De ahí su recomendación a los ya cristianos, dentro del espíritu de auténtica catolicidad: «La función del cristiano sobre la tierra no consiste tanto en salvarse él —cosa que solo no puede— como en colaborar con Cristo en la redención del Universo. Su misión no es sólo «convertir» a las gentes, seguir un plan hermano y hacerles confesar psicológicamente la divinidad de Cristo. Su tarea no es tanto la de luchar por su futuro exclusivamente horizontal, traba-

jando por un triunfo externo, problemático e hipotético, de una Cristiandad. Su quehacer no es tanto esta «conversión» entendida en este sentido, sino la reducción, la corredención, *sic, hic et nunc*, del Universo». (Tomado de su ensayo «La misa como consecratio temporis»).

Ante esta cosmovisión de Panikkar, exenta de todo colonialismo teológico, el libro que comentamos se explica por sí solo.

Quita el suelo a Mordini y a Randa. Prescinde de la historia, desembocando en un futuro, un tanto en el vacío. Tal vez corra peligro la tradición cristiana. El predica una conversión que no exige aversión a las doctrinas ctónicas. Más bien pide una conversión del misionero ante el catecúmeno, por la que éste valora todo lo espiritual del pagano, y por la que el catecúmeno, sin perder su psique y su alma, convierte sus doctrinas, por muerte y resurrección, en otras ya resucitadas, transfiguradas, gloriosas. Difícil «metanoya».

De ahí, que tanto el africanismo, con sus características cósmicas y tribales, como el hinduismo con su aparente multiplicidad teista, sean nuevos elementos que la Iglesia tenga que incorporar y asimilar, si quiere vivificar su preclara nota de catolicidad. Sólo así el abanico de catolicidad puede oxigenar al mundo.

Es más, él pide que se cristianice la filosofía hindú como Santo Tomás cristianizara el aristotelismo y San Agustín el platonismo: que se incorpore a la Cristiandad la visión ortopráctica de la vida espiritual, tan característica en negros e hindúes, a fin de compensar la excesiva tendencia a la ortodoxia de la mentalidad occidental.

A más de esto, hay que discutir con conocimiento de términos, ya que el Occidente no se suele vestir del ropaje expansivo de negros y asiáticos, con lo que el aparente politeísmo negro o hindú se transformaría en el monoteísmo de los cristianos. Más aún, se descubrirían paralelismos en dogmas trinitarios y soteriológicos.

En resumen, según Panikkar, Occidente, al misionar a otros pueblos, debe hacer una conversión, una metanoia de su mentalidad a la de los pueblos evangelizados y respetar, en estos, cuanto de espiritual y religioso sea asimilable por el Cristianismo. Lo erróneo habrá que someterlo a una previa muerte y resurrección, símbolo de aquella conversión y transfiguración, que Cristo hiciera en su Carne y que se realizará en el hombre y en el Cosmos, con su última venida o Parusia. La catolicidad de Panikkar la encontramos plasmada en estas últimas palabras: «No se trata de construir una Cristiandad poderosa en la tierra y victoriosa en el mundo, sino de edificar el reino de Dios. Ciertamente esto significa también bienestar en la tierra,

aún en las más pequeñas estructuras, en la materia, que un día ha de resucitar a fin de levantar la nueva tierra y el nuevo cielo» (página 139).

Para terminar quiero justificar mi juicio, como europeo y como habitante de la Ecúmene. Y quiero justificar esta mi bifronte postura con dos frases que hago mías y tomo de Otto de Habsburgo, de su «Orden Social del Mañana» (Editora Herold-Viena). 1.º «El Cristianismo es el alma de Europa. Negarlo sería tanto como cometer un suicidio. Si hoy sólo se pensara en levantar nuevas estructuras, guardando un absoluto silencio sobre nuestra gran Tradición, sería ello una muestra más de lo hueco de esa falsa Europa que no tiene ni siquiera el valor de afirmarse a sí misma y que, desesperada, vuelve su mirada hacia soluciones extrañas» (pág. 171). Y 2.º «Hay que afirmar que nuestra Europa también es un continente del futuro. Una confesión de una verdadera política cristiana debe reconocer que su único objetivo ha de constituirlo el servicio al bien general de todos» (pág. 172), de todos los pueblos del mundo. Así llegaremos a formar la Universitas Christiana que anhelaba Carlos V, y es objetivo primero de los Caballeros de Yuste.

Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, acaba de aparecer la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO I

Anotada e ilustrada

Pedidos al autor: Queipo de Llano, 23. Navalmoral de la Mata. (Cáceres)
a Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA»

Cáceres Ciudad de piedra

(ROSARIO)

Primer misterio: la luna.

Un Padre Nuestro a los pasos

de nadie por el misterio,

de nadie por el espacio

Ave María: la torre

y Gloria Patri al palacio

y amén al hierro del aire

espada del hijodalgo.

Segundo misterio: sombra.

Tercer misterio: el legajo.

Cuarto misterio: el silencio.

El quinto: ventana y árbol.

Desde la esquina al rincón

santo. santo. santo.

(Un credo para la piedra

y una Salve al campanario)